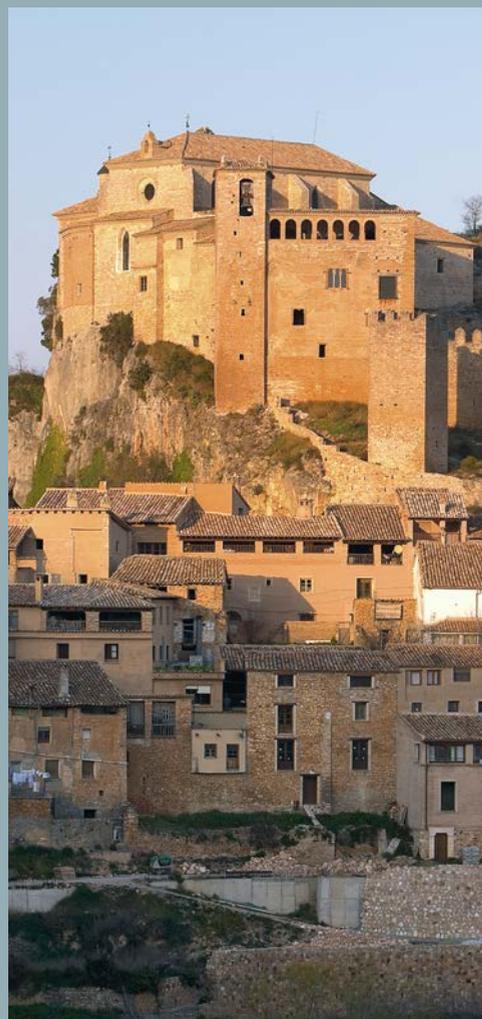




EL CASTILLO Y COLEGIATA DE Alquézar

TEXTO Y FOTO Archivo Prames

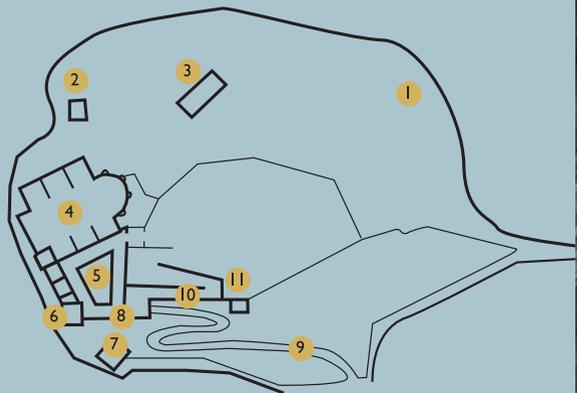


PÁGINA IZQUIERDA
Colegiata y castillo de Alquézar. Capitel del atrio románico

Al-Qasr: «La Fortaleza». Su fundación se remonta a principios del siglo IX, a manos de Jalaf ibn Rasid, con el fin de proteger Barbastro, recién fundada (o refundada) por él mismo, y su comarca (*la Barbitaniya*) de los cristianos acantonados en Sobrarbe. Esto eran los conflictivos confines de la Marca Superior y, por tanto, de Al-Ándalus. El rey Sancho Ramírez la conquistó hacia 1064, seguramente como consecuencia de la toma de Barbastro, considerada la primera cruzada europea. Seguidamente, comienza la sustitución de la fortaleza musulmana por otra cristiana y el rey, siguiendo el ejemplo de los castillos de Loarre y Montearagón, funda una capilla real (1070) y establece una comunidad de canónigos agustinos (1075). Nace así la colegiata de Santa María, integrada en el recinto castrense, mientras la población, favorecida por cartas puebla, se extiende al pie de la peña, dando lugar a uno de los conjuntos urbanos medievales más bellos de Aragón. A finales del siglo XV y durante el XVI, el recinto volvió a fortificarse, a la vez que el Concejo sustituía el templo románico por el definitivo que hoy se recorta sobre la roca.

IZQUIERDA
Detalle de la tabla central del retablo gótico de Santa Ana.
Museo de la Colegiata de Santa María

EL CASTILLO Y COLEGIATA DE ALQUÉZAR



El emplazamiento **(1)**, excepcional, sobre una potente peña que se desploma en acantilados sobre el río Vero y el barranco de la Fuente, es lo único que se conserva de la fundación musulmana.

Esta torre cuadrangular **(2)** pertenece a la fortificación cristiana del siglo XI.

La capilla Santa María Magdalena **(3)** parece ser románica, aunque de época imprecisa.

La iglesia **(4)** erigida por el arquitecto Juan de Segura en el siglo XVI sustituyó al primitivo templo románico consagrado en 1099. Alberga la excepcional talla románica del Cristo de Lecina, de los siglos XII-XIII, el retablo mayor renacentista, del XVI y costeadado por el Ayuntamiento de la villa, y un órgano, de hacia 1700.



El claustro **(5)** es propio de un recinto habitado por una comunidad de canónigos regulares que se regía por una serie de normas o regla —la de San Agustín—, de modo similar a cualquier orden religiosa. De su origen románico sólo conservan las arcadas y capiteles del ala norte, del siglo XII. El resto de las crujeas o pasillos son de época gótica, del XIV; además hay capillas y decoraciones posteriores. En el siglo XVI se construyó la galería superior que hoy alberga el museo colegial, con magníficas piezas que abarcan de los siglos XII a XVIII.



La torre-campanario **(6)** también formó parte del recinto que promovió Sancho Ramírez. Después se transformó en campanario de la colegiata.

Esta torre albarrana **(7)**, separada del recinto principal, pudo ser la que mandó construir el abad Banzo de Fanlo tras la conquista cristiana. De ella parte un muro bajo que se une con la muralla interior en el extremo este.



En la llamada Mazmorra de las Santas **(8)**, la tradición sitúa el encarcelamiento de las niñas Nunilo y Alodia, hermanas nacidas en la cercana localidad de Adahuesca que los musulmanes martirizaron a principios del siglo IX.

El camino de acceso **(9)** dibuja el típico zigzag de los sistemas defensivos musulmanes. En este caso, además, recorre una estrecha franja de terreno en pronunciada cuesta y encajada entre murallas.

La muralla principal **(10)**, de los siglos XV y XVI, conserva las almenas.

El esconjuradero **(11)** fue construido en el siglo XVIII sobre una torre de la muralla del XVI.

La leyenda de la doncella de Buera

Dicen que hace mucho tiempo, cuando Alquézar era una poderosa fortaleza musulmana, llamada al-Qsar, su gobernador exigía a los cristianos sometidos que, cada año, le entregasen a la joven más bella, para formar parte de su harén. Un año le tocó a María, del cercano pueblecito de Buera, que además de bella era lista y muy valiente. Cuando estuvo a solas con el tirano, sacó un cuchillo y lo mató. Después, untó su pañuelo en sangre y lo enseñó por la ventana. Ésta era la señal convenida con el resto de cristianos para atacar la fortaleza. Los musulmanes, al comprobar que su jefe había muerto, huyeron y, muchos de ellos, se precipitaron al río Vero con sus caballos, donde aún resuena el eco de sus gritos.